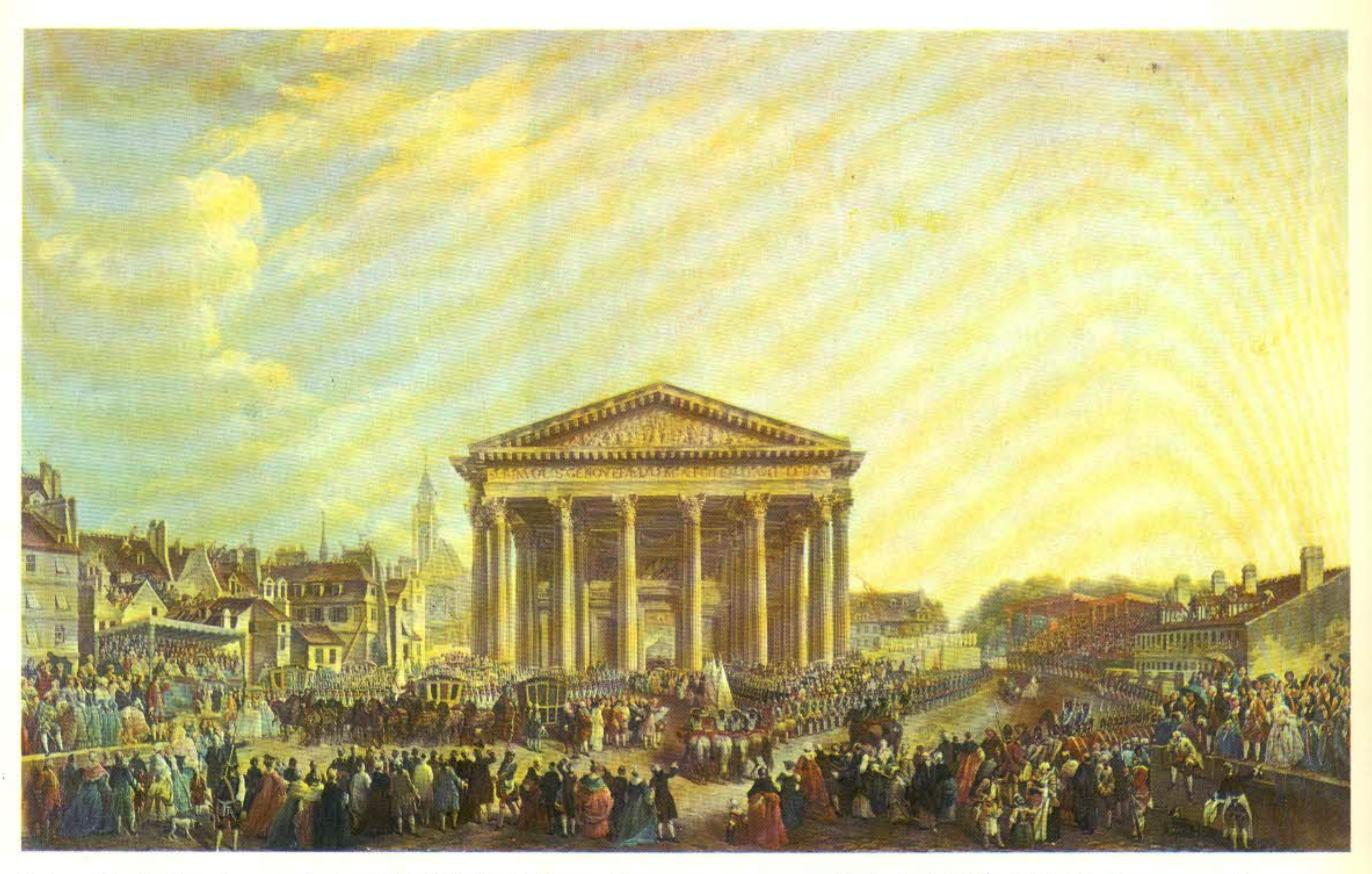


Colocación de la primera piedra de la iglesia de Santa Genoveva, en presencia de Luis XV y del delfín. La ceremonia, ostentosa como casi todas las del Antiguo Régimen, se celebró ante un modelo a tamaño natural de lo que sería la fachada de la iglesia (Museo Carnavalet, París).

La crisis de la sociedad del Antiguo Régimen

por ANTONI JUTGLAR

Renacimiento, Reforma, Barroco, Ilustración, son hitos de un mismo movimiento renovador que tuvo su punto de partida en pleno corazón del Medievo –en el mismo siglo XIII– y que alcanzaría su ápice a lo largo del siglo XVIII. Un movimiento complejo, en el que se relacionan e influencian fenómenos técnicos, científicos, intelectuales, económicos, sociales y políticos hasta culminar en el complejo fenómeno de la Revolución francesa, iniciada en 1789.

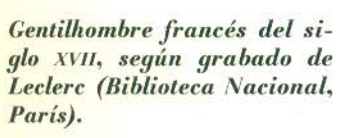
Tratando de situar la realidad del mencionado movimiento complejo a lo largo del siglo XVIII, para hacer hincapié especial en las condiciones que conducían a la crisis del Antiguo Régimen en Europa y las repercusiones que tal crisis supondrá, es preciso concretar una serie de cuestiones previas: por una parte, en el siglo XVIII los valores tradicionales (que habían conseguido superar los sucesivos embates del renacentismo, del movimiento religioso de la reforma y de "ciencia nueva" del siglo XVII) encontrarían fórmulas de mantenimiento y arraigo asociadas o vinculadas a los nuevos valores culturales y científicos que (definidos en los siglos anteriores y potenciados por la dinámica intelectual del propio siglo XVIII) serían, más o menos, asimilados por la sociedad establecida, sin que tal asimilación suponga una disgregación o un hundimiento del edificio tradicional.



Tal coexistencia será la fórmula típica de la etapa conocida como época del Despotismo Ilustrado, en la que asistimos a un sincretismo equilibrador de elementos antiguos y modernos, sin que la sociedad pierda su estructura antigua. Una estructura tipificada por una organización social fuertemente jerárquica y compartimentada; por el mantenimiento de la organización política típica de la monarquía absoluta; un tipo de economía (en la que es clara la expansión del capitalismo comercial) producida por el mercantilismo, proteccionismo o dirigismo estatal; una cultura encuadrada, con cierta rigidez, en los marcos nacionales; unas formas exteriores de vida religiosa apoyadas en la creencia en la Revelación. Un conjunto de características que, en resumen, aparecen enmarcadas en el seno de la denominación de *Antiguo Régimen*.

Por otra parte, paralelamente a este sincretismo –en el que, por lo menos formalmente o externamente, predominan las estructuras tradicionales–, en el siglo XVIII acabaron de desarrollarse, y de manera considerable, los elementos más genuinos que encerraban los primeros postulados renacentistas, con su subsiguiente carga de oposición inevitable al sistema establecido. Efectivamente, el desarrollo del individualismo, el criticismo, el relativismo, el escepticismo, el cientificismo, el liberalismo, etc., que de forma más o menos implícita había engendrado el Renacimiento, supondrían la puesta en marcha de una serie de formidables elementos subversivos del sistema, dotados de una fuerza y de un atractivo cada vez mayor. Durante una larga etapa del siglo XVIII –la del Despotismo Ilustrado– se logrará, sin embargo, según acabamos de apuntar, una posición de equilibrio entre estos elementos y los tradicionales, que parecen dominar en la fachada del edificio. Un equilibrio que finalmente acabaría por romperse.





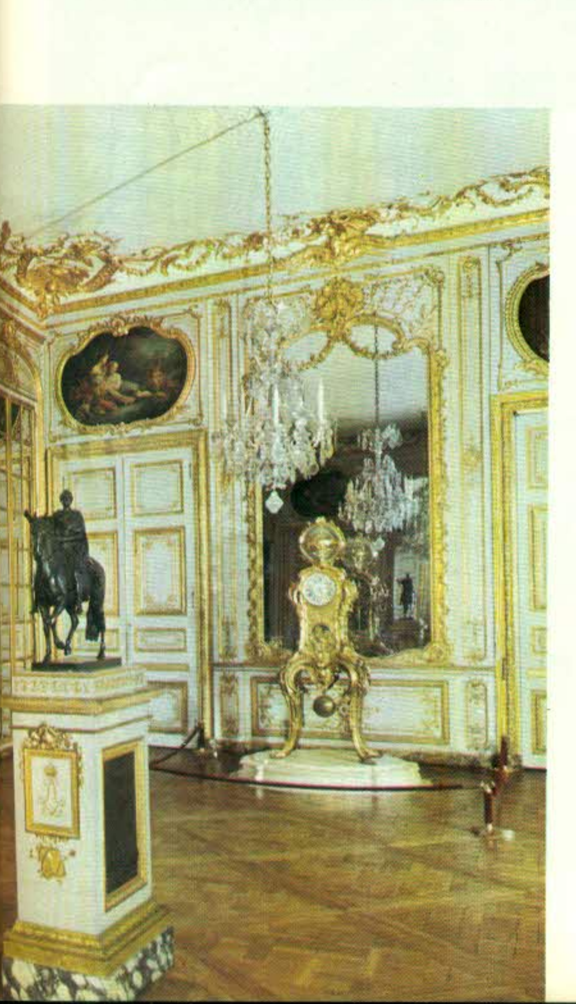
Gentilhombre francés del siglo XVII, según grabado de Leclerc (Biblioteca Nacional, París).



En efecto, la mixtura del Despotismo Ilustrado (que, tal como su nombre indica, recogía lo viejo y lo nuevo, los elementos antiguos y modernos, el pasado y lo que sería pronto el futuro) tenía una fragilidad básica, que se pondría de manifiesto en el momento en que la ruptura entre las líneas de lo que denominaremos Revolución y las sustentadoras de la Tradición pase por la revisión esencial del concepto de monarquía que daba sustento, por definición, al paradójico sincretismo del Despotismo Ilustrado. En resumidas cuentas, la plenitud de las líneas engendradas por el movimiento renacentista siglos antes debía básicamente poner en entredicho –y de una vez para siempre– una vieja concepción paternalista de la sociedad; concepción encuadrada en torno a la idea de la Providencia gobernando al mundo, orientando el destino de los hombres y estableciendo las formas de autoridad. La era –la larga era del Padre– iría emparejada con una concepción de la monarquía y del poder del soberano planteados en función de una autoridad otorgada por la gracia de Dios. Y la crisis de esta era coincidiría con la afirmación de los principios de la Igualdad y de la Fraternidad. Es decir, la ruptura entre Revolución y Tradición pasa por la crisis del mismo principio monárquico, en tanto que su concepción paternalista choca con las ideas en pro de la hermandad de los individuos, iguales y soberanos.

Situando las líneas de esta ruptura, hemos de tener en cuenta que, a lo largo del siglo XVIII, racionalismo, individualismo, criticismo, escepticismo, indiferentismo, relativismo, subjetivismo, etc., todos los elementos nuevos antes apuntados y potenciados por el importante movimiento intelectual del siglo XVII, se combinarán de diversas maneras dando pie al complejo movimiento de la Ilustración, que propondría las bases ideológicas del profundo movimiento revolucionario, que se pondría en marcha a finales del siglo. Hasta fines de la centuria las fórmulas de equilibrio antes apuntadas pudieron mantenerse de manera más o menos difícil. Al principiar las últimas décadas del siglo, sin embargo, en casi todos los frentes del mundo occidental arreciaron los ataques que, en el orden político, económico, social e intelectual, planteaban los partidarios de un cambio total de la sociedad. De esta for-

Caricatura del siglo XVIII sobre la moda de los nobles franceses (Biblioteca Nacional, París).



Gabinete del péndulo, en el palacio de Versalles.



Fiesta del pueblo, por Teniers (Museo del Louvre, París). La vida de la gente trabajadora era abrumadora, por lo que los días festivos se saboreaban con intensidad y embriaguez extraordinarias.

ma, en el interior de los diversos estados se fue formando una plataforma de discontinuidad que facilitaría el estallido de una profunda fenomenología revolucionaria. Así, en los inicios del último tercio del siglo XVIII, la subversión independentista de las colonias americanas de Gran Bretaña desató una importante oleada de movimientos revisionistas y reformistas que acabarían dibujando en Francia las líneas más típicas del moderno movimiento revolucionario de la burguesía. Un movimiento que, a su vez, traería aparejada la manifestación de nuevas oleadas subversivas que encontrarían su expresión más importante en el proceso de descomposición e independencia del conjunto territorial que hasta entonces habían constituido los imperios coloniales español y portugués en América.

De esta forma se originaría en el mundo occidental un accidentado período de cincuenta años de conmociones sociales y políticas, a lo largo de los cuales las instituciones tradicionales, o sea el Antiguo Régimen (representado por el "principio de legitimidad" y los ideales del "integrismo"), se baten en retirada ante la imposición cada vez más irreversible de los postulados racionalistas y liberales que acompañan a la revolución política de la clase burguesa. Con la crisis del Antiguo Régimen y la puesta en marcha de la revolución burguesa se puso de manifiesto una de las morfologías más características de los últimos siglos de nuestra historia, en la que debe destacarse la difusión de una ideología revolucionaria en dos continentes, en una etapa decisiva para la configuración de lo que comúnmente conocemos como Edad Contemporánea.

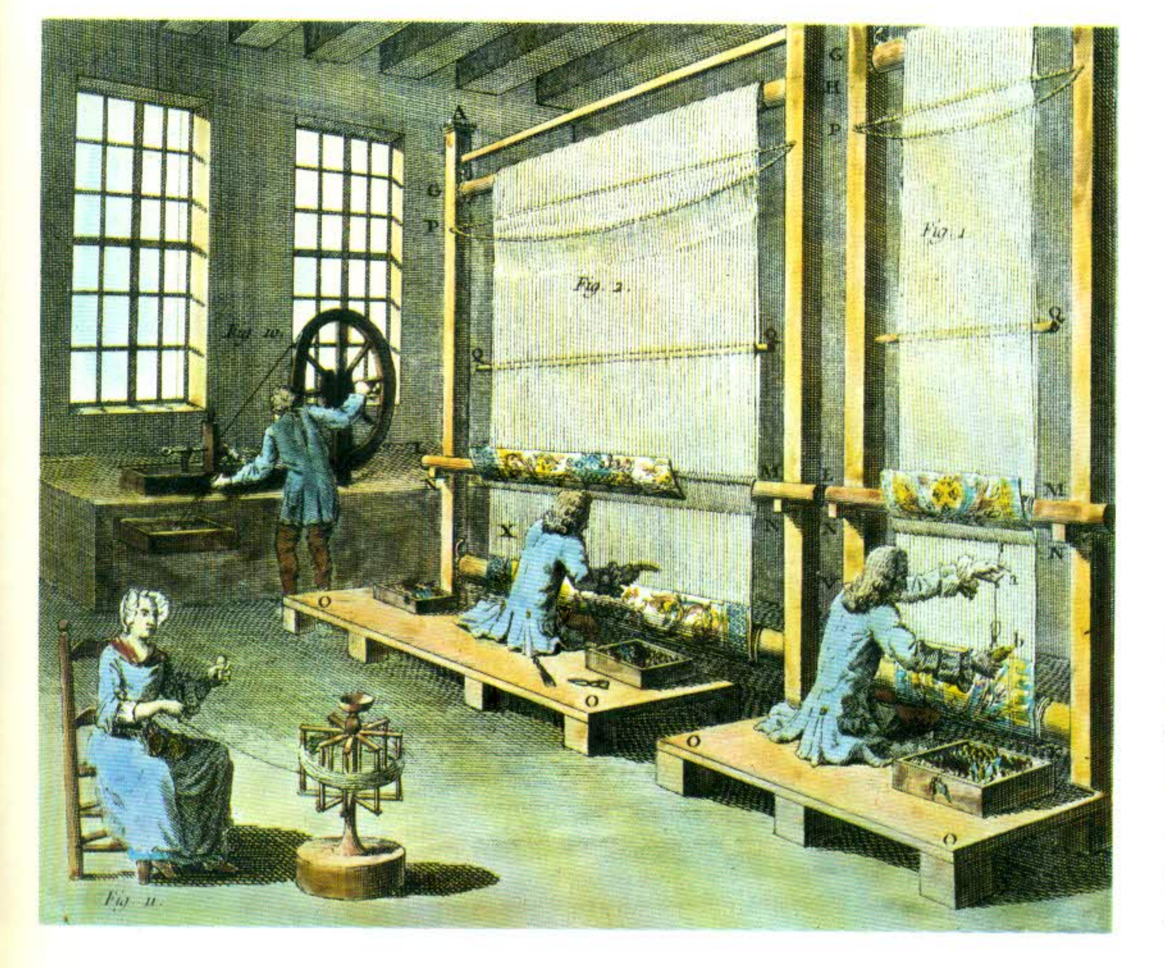
En resumen, a lo largo del siglo XVIII los movimientos y tendencias iniciados a partir del Renacimiento fueron adquiriendo pleni-

tud y fuerza decisiva en una dinámica progresiva que, a fines de la centuria, culminaría con la mencionada crisis del orden y de las concepciones existentes y con el triunfo de la revolución de la burguesía, con lo cual se abriría una nueva época en la historia de los sistemas económicos, sociales y políticos e incluso en la concepción de la cultura y la vida del espíritu. Una nueva época que, por otra parte, se encontraría definida por el impacto decisivo del considerable progreso técnico, concretado por el maquinismo, que promovería el formidable avance económico de la revolución industrial –iniciada a partir de 1780 en Inglaterra y desde principios del siglo XIX en el continente europeo y en los Estados Unidos de América–, fenómeno trascendental que abriría nuevas perspectivas y definiciones no sólo al capitalismo, sino a la humanidad entera.

Para comprender y situar el alcance y la problemática misma de la crisis del Antiguo Régimen, es preciso tener en cuenta la formación de una plataforma técnica y psicosociológica que hizo posible el formidable salto y la impresionante ruptura sociocultural y económica que supuso el paso de la sociedad tradicional a las nuevas realidades del industrialismo y del auge de la cultura burguesa. En primer lugar, es preciso señalar que los progresos técnicos y científicos que acabamos de apuntar difícilmente habrían podido cristalizar en la revolución técnica del maquinismo y ésta, a su vez, no hubiera podido potenciar el formidable movimiento de la revolución industrial, si –paralelamente a los avances mencionados– no se hubiera producido un amplio movimiento transformador de las mentalidades y de las actitudes en la sociedad y en la economía, preparando una coyuntura apta para el pleno impulso de factores nuevos.



Bandeja de cerámica de Alcora del siglo XVIII (Museo de Artes Decorativas, Barcelona).



Telares en la manufactura de la Savonnerie (Biblioteca Nacional, París). Aunque en las primeras etapas del siglo XVIII las manufacturas se realizaban en el marco de la pequeña empresa, la burguesía se daba cuenta de que el maquinismo obligaba a un cambio completo de orientación en el trabajo.

EL IMPACTO SUBVERSIVO DEL ENCICLOPEDISMO EN LA CRISIS DEL ANTIGUO REGIMEN

La definición de la plataforma prerrevolucionaria en la Europa del siglo XVIII no puede comprenderse sin un mínimo análisis de los factores ideológicos que en tal período se desarrollaron, y especialmente de la difusión del enciclopedismo. Dividido el movimiento enciclopedista en dos tendencias o corrientes principales (la volteriana —de clara ascendencia racionalista, materialista y aristocrática, verdadero ápice terminal de la evolución ideológica racionalista— y la roussoniana, de base naturalista y al propio tiempo profundamente sentimental y espiritualista, anunciando en su mezcolanza el advenimiento, en las dos últimas centurias, de una poderosa oleada de irracionalidad), tendría su plataforma de partida en la monumental obra que comenzó a publicarse a partir de 1751.

Siguiendo y ampliando las líneas de Bayle en su *Diccionario* y de Chambers en su *Cyclopedia,* los editores franceses de la *Enciclopedia* pretendían poner en marcha una realización colectiva que diera soluciones a todos aquellos problemas que preocupaban a la sociedad culta de la época —burgueses más o menos adinerados y nobles—, intentando, al propio tiempo (en una típica manifestación del espíritu del siglo de las "Luces"), ilustrar a las generaciones futuras con el ánimo y la esperanza de hacerlas más dichosas y felices.

Galicana, liberal y profundamente anticlerical, la *Enciclopedia* pasó a convertirse en la representación más típica de la Ilustración europea y revistió una gran importancia subversiva. Como es sabido, entre sus redactores destacaron Diderot y D'Alembert. Este último, conocido como gran físico y matemático, escribió para la *Enciclopedia* la mayor parte de su famosísimo *Discurso preliminar* e imbuyó a dicha publicación, paradójicamente (al menos para aquellas personas incapaces de profundizar y relacionar ciertas manifestaciones de la acción humana), de su espíritu materialista y pesimista, que, en cierto modo, entraba en contradicción con sus nobles y arraigados propósitos de plantear la obtención de la felicidad a través de la "cruzada de la filosofía". Por su parte, Diderot —intelectual de gran talla, hombre de amplia inteligencia y de saber prodigioso— patentizaría la duplicidad existente en su espíritu a través del enfrentamiento entre el "hombre natural" y el "hombre artificial", con lo cual su labor, en el siglo XVIII, aparece como un pivote tanto del materialismo como del prerromanticismo. Materialista, escéptico, amoral (y, paralela y paradójicamente en apariencia, moralizador), idealista, ético y, en suma, profundamente humano, Diderot —inolvidable intelectual de una revolución en ciernes— establecería los principios de una moral laica y humanística; una moral laica y al propio tiempo humanitaria que perduraría hasta nuestros días.

Paralelamente, en una acción que radicalizaría la crisis del Antiguo Régimen, el enciclopedismo abriría una brecha importante en la tarea intelectual que acabaría por subvertir el edificio de la sociedad tradicional. De esta manera, el materialismo puro y el ateísmo se encontraron representados, por ejemplo, por Helvetius y el barón d'Holbach. Así, Helvetius, en *De l'esprit* (1758), fundaría la nueva moral sobre un concreto tipo de egoísmo: "El amor a sí mismo es la única base sobre la que pueden fundamentarse los sillares de una moral útil". Para Helvetius, la única religión válida era la de la Naturaleza y sus hijas, la Virtud, la Verdad y la Razón, abriendo con ello el camino a unas perspectivas que, en buena parte, fueron radicalizadas por el barón d'Holbach, espíritu penetrante y sumamente inteligente que, en su conocidísimo libro *Sistema de la Naturaleza* (1770), resumió de forma metódica lo que podríamos denominar ya propiamente el contenido del ateísmo materialista. Un ateísmo materialista entendido como consecuencia última del proceso revisionista del movimiento naturalista y racionalista. En la obra que acabamos de mencionar aparece negado todo tipo de religión y queda sentado el principio de que en el mundo no existe más que la materia.

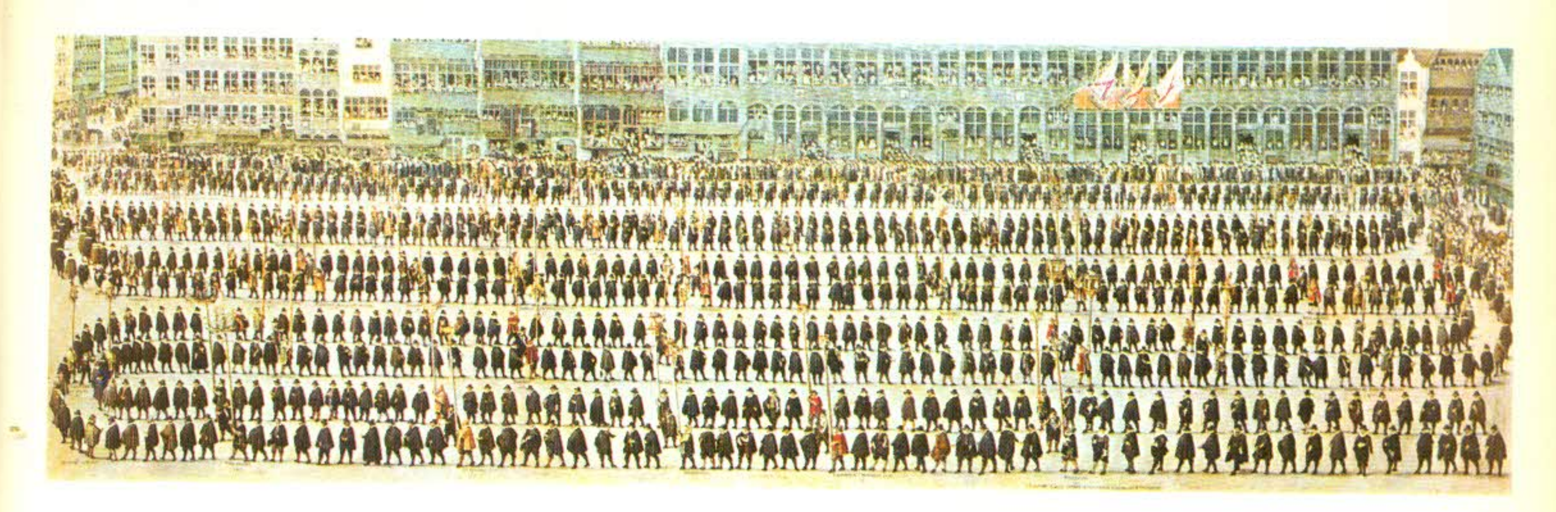
De esta forma queda concretada la línea del materialismo iniciada por los enciclopedistas propiamente dichos. Paralelamente, la línea mencionada iba dibujando otros horizontes que deberían desempeñar un papel fundamental en la crisis del Antiguo Régimen y en las orientaciones futuras de la vida social y política del mundo occidental. Así, Holbach, en *De l'homme,* por ejemplo, sostuvo el principio de la soberanía del pueblo frente al poder y autoridad del pacto social, así como la necesidad ineludible de crear una forma de gobierno contraria a la violencia y que garantizara la libertad de pensamiento y de prensa. De esta forma compleja, ambigua e incluso —en muchos casos— contradictoria, la labor intelectual surgida en torno al movimiento del enciclopedismo (unida a la aparición de nuevas realidades técnicas y científicas que necesariamente debían incidir en el desarrollo de la vida social y económica) conduciría, con mayores o menores violencias, con mayores o menores inestabilidades, a la revolucionaria labor de transformación de las estructuras y organizaciones del viejo mundo tradicional, abriendo las puertas de un largo y complicado proceso histórico que tipifica en buena parte a nuestro mundo contemporáneo.

A. J.



Mesa para café, construida por Sammier (Museo de Artes Decorativas, París).

En este sentido tiene una importancia decisiva el análisis de la conformación de la plataforma psicológica, social y económica del mundo occidental premaquinista. En efecto, en las primeras etapas del siglo XVIII, la mayor parte de las manufacturas y de las actividades comerciales se efectuaban aún (y a pesar de las críticas y de las nuevas perspectivas teóricas) dentro del marco de las pequeñas empresas, en las que el maestro trabaja con uno o dos oficiales y en donde, por ejemplo, los telares se instalan en múltiples pequeños locales. Vista en conjunto, la actividad productiva y mercantil de las primeras décadas del siglo XVIII no presenta, a excepción de algunos trabajos pesados de tipo macizo (manufacturas del hierro y, a veces, de algunos productos textiles), una



Desfile de gremios bruselenses en el siglo XVII, por Denis van Alsloot (Museo del Prado, Madrid). Si bien el Antiguo Régimen mantuvo el sistema de trabajo reglamentado mediante gremios y corporaciones, el maquinismo fue aumentando paulatinamente los deseos de libertad económica, sobre todo entre los burgueses emprendedores.

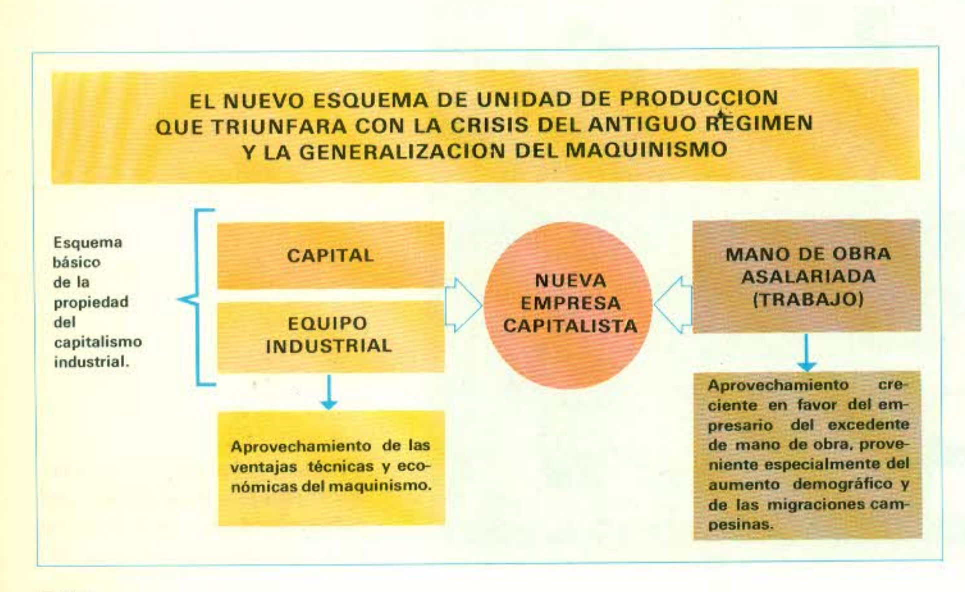
especialización definida ni una clara distinción entre producción y venta.

En cierto modo, podía afirmarse que, por lo general, en la coyuntura mencionada, la mayor parte de los objetos se producían aún bajo los mismos ojos del comprador, al propio tiempo que existía, en lógica relación, una gran dispersión socioeconómica que lleva a apuntar que, en la práctica, el armazón de las burguesías dieciochescas se encontraba formado por una numerosa masa de pequeños patronos que velaban cuidadosamente por la seguridad de su estado social. Tal como muy gráficamente han señalado autores como Morazè, cada negociante, cada artesano, vigilaba a su vecino, asegurándose que no le hacía competencia (por ejemplo, en muchas partes el anuncio estaba prohibido y se vigilaba asimismo la alteración de los precios, etc.). Si se producía alguna irregularidad (el vecino atraía fraudulentamente al cliente o sus productos no tenían suficiente calidad), el negociante se apresuraba a pedir la restauración del orden establecido, que representaba la mejor garantía de su derecho y de su porvenir.



Oficios representados en azulejos catalanes del siglo XVIII (Museo Municipal Vicente Ros, Martorell, Barcelona).

Página de la "Enciclopedia" en que se describen los útiles y principales operaciones del oficio de cuchillero. Los filósofos ensalzaron siempre la labor del artesano honrado.



El sistema imperante suponía, por demás, el triunfo de la rutina y de la monotonía: la forma de trabajar estaba determinada de modo estricto (en el taller, el horario se encontraba regulado por la hora que daba el campanario de la iglesia principal o la torre de la ciudad; la gente se levantaba temprano y trabajaba todo el día –más en verano, menos en invierno–, de sol a sol, etc.). Aunque hubiera poca luz en las tiendas, obradores y talleres, abiertos en oscuras y estrechas callejas, era preciso una autorización especial, difícil y complicada, para utilizar velas, y dicha autorización no se requería tanto por temer peligros de incendio o por impedir una excesiva fatiga del obrero, sino que, técnicamente, venía justificada su dene-

gación con la excusa de la evitación de imperfección en las labores, competencia desleal, etc.

Todo el mundo trabajaba, pues, al mismo tiempo y de la misma manera (en el marco de una rígida reglamentación corporativa que representaba tanto una traba para el operario –obrero o patrón– ingenioso como una garantía para los maestros frente a posibles competencias). La monotonía y la falta de horizontes dominaban la vida urbana, mucho más tolerable, por otra parte, que la vida campesina. Para hacer más o menos soportable tal régimen de trabajo y de vida se arbitraron fórmulas más o menos misticistas. En este sentido, por ejemplo, la oración en el taller no era una simple formalidad, sino un ejercicio que trataba de espiritualizar una tarea abrumadora y sumamente fastidiosa. Paralelamente –en relación con el año cristiano y la meditación de la vida de los santos de cada día– existían numerosos días festivos (de los que se derivarían prolongaciones significativas, como los lunes pascuales o el san Esteban en Cataluña), saboreados con una intensidad y una embriaguez extraordinarios, que en vano trataba de atemperar el reglamento.

En conjunto, nos encontramos ante un régimen de trabajo y de vida que evidentemente no podría resistir al progreso de las ideas de libertad y de perfeccionamiento técnico. En efecto, transformando de forma radical esta plataforma tradicional de la vida mercantil y artesanal, el impacto del maquinismo –revolucionando de forma más o menos lenta las técnicas de producción– desarrolló formas nuevas de trabajo y de vida, abriendo nuevas perspectivas y definiendo nuevos comportamientos psicosociológicos de profundas repercusiones en todos los terrenos. Por ejemplo, en el mundo socioeconómico del Antiguo Régimen existía un estilo y un nivel muy mediocres en la vida material de este burgués medio al que hemos venido refiriéndonos: las herencias eran poco importantes y tenían escasa repercusión en la vida familiar. Prácticamente vivían al día, atosigados por los problemas de una fuerte natalidad (compensada por una alta mortalidad infantil) que representaba un régimen de vida caro. Ante tal realidad, estos burgueses artesanos no podían permitirse el lujo de pensar en el mañana. No podían, de hecho, ahorrar. En este sentido, se ha señalado que en esta época la imprevisión no es un defecto, sino el signo de una confianza en el porvenir, en la solidez de las instituciones y en la permanencia de los dogmas religiosos, sociales y políticos.

En otras palabras, con anterioridad al impacto maquinista no existía, entre los burgueses modestos, la preocupación –tan común en nuestros días en el comercio pequeño y medio– por ahorrar un capital que sirviera de garantía para una vejez tranquila. Por el contrario, con el Antiguo Régimen dominaba entre ellos la tónica de pocos ahorros y pocas inversiones. Todo ello, sin embargo, tal como hemos apuntado, se vino abajo tan pronto se dejó sentir con cierta fuerza el impacto maquinista (y mucho antes de que, efectivamente, se realizara la revolución industrial, fenómeno capital que no puede confundirse simplemente con el maquinismo). En efecto, estos hombres, productos del siglo XVIII que no comprometían la relativa alegría de un presente (alegría mediocre, según hemos visto) en inciertas especulaciones sobre el porvenir, no pudieron permanecer insensibles ante la comprobación de las líneas por las que se desarrollaba el nuevo progreso material. Por ello, cuando el espíritu religioso se debilitó (a lo largo de un proceso paralelo que el carácter sucinto de estas páginas nos obliga a omitir) tuvie-

Voltaire delante de su escritorio (figurilla de barro cocido y pintado; Museo Carnavalet, París). Los filósofos adoptaron, en general, con respecto a las clases humildes, una posición contradictoria, pues mientras defendían ideas de igualdad y fraternidad, no tenían reparos en afirmar, como hacía Voltaire, que era imposible que los hombres dejaran de dividirse en ricos y pobres.



LIBRECAMBISMO Y TRANSFORMACION ECONOMICA

La obra de Adam Smith aparece tópicamente vinculada a las explicaciones en torno al montaje ideológico del liberalismo económico. En un determinado momento, el capitalismo deja de apoyarse en la garantía y seguridad aportada por el sistema monárquico de privilegio y reivindica la total libertad de acción económica. Y en este proceso se sitúa por lo general a Adam Smith como el doctrinario clave del librecambismo, a causa de un magistral *Ensayo sobre la riqueza de las naciones.* Ello es cierto en buena parte; pero no deja de ser igualmente cierto que la preocupación y el triunfo final de las tendencias favorables a la libertad en materia económica no quedan suficientemente (y satisfactoriamente) explicadas por un simple conjunto de referencias a las obras e investigaciones de algunos teóricos de la economía. Más aún: la aparición de determinados trabajos y estadios en torno al trabajo, la renta, la productividad, la política económica, etc., sólo adquiere una dimensión comprensiva y explicativa si se tiene en cuenta el círculo de circunstancias que condicionan o hacen posible la aparición de un nuevo "humor" o de una manera de actuar o pensar económicamente.

Por ello, a la hora de analizar el problema de la concreción del librecambismo —en la crucial etapa de hundimiento de los mecanismos tradicionales del Antiguo Régimen— es preciso relacionar el complejo movimiento ideológico o teórico que ayudaría a una creciente definición y a un triunfo final, en el mundo capitalista, de la libertad de acción económica, con el círculo de transformaciones científicas y técnicas que afectaron, en unos casos con mayor intensidad que otros, la marcha de la vida económica general. Así, la creciente penetración del maquinismo en la actividad de las empresas fue deteriorando toda una *praxis* económica, cuya mutación progresiva iría dando a su vez argumento para "explicaciones" y "justificaciones" de tipo teórico e intelectual. Paralelamente, la imaginación del negocio capitalista en búsqueda de la máxima rentabilidad favorecía las mutaciones apuntadas de forma, por ejemplo, que en cierta etapa industrial muy típica aumentaron en diversas comarcas (y en algunos ramos muy concretos de la producción) las actividades manufactureras fuera de las ciudades al socaire de factores tan distintos como la existencia de cursos de agua necesarios para impulsar la fuerza motriz y permitir el blanqueo textil, o la presencia de una mano de obra que se sustentaba en buena parte del producto de sus pequeñas parcelas y no exigía a la industria más que un salario complementario.

Es evidente, asimismo, que la máquina de vapor, por ejemplo, sería un factor determinante para variar el papel de la realidad agraria en un capitalismo poco desarrollado; máxime cuando la multiplicación del maquinismo planteó decisivamente no sólo la solución de la alternativa entre campo y ciudad en favor de los núcleos urbanos (concentración y aumento de tamaño de los talleres, concentración y control de la mano de obra, racionalización y flexibilidad de la distribución de los productos, así como de la recepción y reparto de las primeras materias, etc.), sino que además, y de forma muy fundamental, el auge creciente del papel de la máquina varió el mundo mental del maestro artesano y planteó la aparición decidida del nuevo capitán de industria, del nuevo empresario de la contemporánea era capitalista. Paulatinamente, a lo largo del siglo XVIII, pongamos por caso, el maestro artesano fue adquiriendo conciencia del significado económico de la competencia y asimismo —por ley de elemental supervivencia ante el crecimiento de nuevos factores de transformación económica— fue adquiriendo una nueva noción del dinero y de la necesidad de obtener riqueza. Sólo aquellas personas que tenían la oportuna capacidad de dinero para comprar un suficiente número de máquinas podían montar una industria positivamente competitiva que permitiera el aumento veloz de la producción, la rápida disminución de los costes por manufactura y un importante crecimiento de los beneficios industriales. De esta manera, para el empresariado, ser rico en la coyuntura crítica del Antiguo Régimen se convirtió en una necesidad elemental, en estrecha relación con las transformaciones del sistema económico general y explicando, en buena parte, el auge creciente de las nuevas teorías librecambistas.

Así, en vísperas de la Revolución Industrial —no iniciada en Inglaterra antes de 1780 y que no comenzó en el continente europeo hasta principios del siglo XIX— todo un mundo viejo se estaba tambaleando por los cuatro costados. A pesar de actitudes como la adoptada, en 1778, por Campmany en su *Discurso económico-político en defensa del trabajo mecánico de los menestrales,* partidarias del mantenimiento de las viejas formas institucionales corporativas, irían ganando puntos las oposiciones abiertamente revolucionarias en el campo económico, tal como ocurrió, por ejemplo, en Francia en 1776, con las medidas de Turgot en favor de la supresión definitiva del sistema corporativo, que a pesar de su fracaso abrieron el camino a un proceso irreversible. Proceso que en España quedaría simbolizado en el famoso *Informe sobre el libre ejercicio de las Artes,* de Jovellanos (1785), obra innovadora que popularizaría la consigna clave de la política del liberalismo económico en la España del siglo XIX: "Rompamos las cadenas".

A. J.

ron que cambiar radicalmente de actitud, entusiasmándose ante el nuevo poder que el hombre adquiría sobre la naturaleza.

Más aún, en la conformación de la nueva plataforma, los factores irían adquiriendo mayor complejidad. En efecto, la máquina cuesta dinero y, por otra parte, produce con rapidez, etc. Todo ello revoluciona conceptos y realidades: irá haciéndose necesario, para todos los patronos, aumentar el capital circulante y, por lo mismo, la cifra de negocios de la empresa. Es decir, el productor de manufacturas debía comprar y vender más y por ello se hacía necesario que fuera rico. De esta forma, primero de manera casi insensible, después con un ímpetu avasallador, una serie de transformaciones abrían la puerta a una nueva organización del trabajo, de la economía y de la sociedad, con unas consecuencias capitales en la historia del mundo contemporáneo.

Lentamente, la panorámica del siglo XVIII se transforma y dinamiza: maquinismo, progreso de la organización financiera, progreso social, etc., constituyen un conjunto de aspectos estrechamente trabados, en el seno de una fenomenología llena de extraordinario empuje, respecto a la cual, por ejemplo, no debe admirarnos el entusiasmo con que los enciclopedistas hicieron el elogio sucesivo del artesano, del inventor, del rico empresario y del obrero laborioso e inteligente. Paralelamente, la realidad social burguesa se transformaba de modo radical. Debido a la aparición y al desarrollo del



Distribución de granos a los pobres ante la fundación "Maria van Pallaes", en Utrecht, por H. Bloemaert (Central Museum, Utrecht). A principios del siglo XIX aún se sostenía que la riqueza sólo podía provenir de la pobreza.

maquinismo (y sobre todo a causa de sus repercusiones financieras), dentro de un mismo oficio o rama de producción destacaron por su riqueza algunos empresarios, que pronto adquirieron renombre y prestigio en sus ciudades y regiones adyacentes. Al propio tiempo, dentro de una misma industria, una rama o sector determinados comenzaron a crecer desmesuradamente y a controlar a los demás y, en especial, contemplamos como el comerciante (debido al hecho de que en la práctica era el dueño del mercado y el árbitro de su extensión) iba dominando el conjunto de la nueva actividad económica.

Así, en Inglaterra se fue produciendo el desarrollo de una nueva etapa del capitalismo en el marco mismo de unas corporaciones lentamente desgastadas, y algo parecido ocurriría más tarde en otros puntos de Europa occidental. Paulatina, pero decididamente, las realidades económicas iban variando. Por una parte, cada vez más se precisaba de la concentración de grandes capitales. Por otra, los técnicos se fueron haciendo indispensables al frente de las nuevas grandes empresas, acrecentándose su importancia a medida que iba surgiendo un nuevo progreso técnico, y será de entre ellos donde se reclutará buena parte de la nueva burguesía capitalista del siglo XIX. De acuerdo con esta dinámica, y a través de sucesivos y diversos reclutamientos, acabaría de definirse una nueva clase social, directora de la vida económica, que –para asegurar plena y satisfactoriamente su éxito y su propiedad– reivindicó tenazmente su vocación a la libertad en todos los terrenos.

Paralelamente, una serie de tendencias apuntadas por el capitalismo inicial desde el siglo XVI para burlar las reglamentaciones gremiales fueron tomando mayor empuje y concreción. Tal fue el caso, por ejemplo, del aumento –en una etapa muy concreta– de las actividades industriales fuera del recinto de las ciudades. Aumento favorecido por facto-

LA REALIDAD DEL SISTEMA CORPORATIVO EN LAS ULTIMAS ETAPAS DEL ANTIGUO REGIMEN

MAESTROS ARTESANOS INDEPENDIENTES

Con rótulo, taller o tienda abierto y con número cerrado, es decir, sólo algunos podían establecerse de verdad

OFICIALES (COMPAGNONS)

Dependientes asalariados con salarios establecidos por convenios de medio año o más tiempo

APRENDICES

Escala última de dependientes asalariados, que aprenden el oficio por un tiempo mayor o menor según los usos



Diversos tipos de cerámica fabricados en Alcora (Museo Nacional de Cerámica, Valencia).

res tan diversos como la existencia de cursos de agua necesarios para la fuerza motriz en la industria textil; la abundancia de mano de obra barata, que se sustentaba básicamente de sus pequeñas parcelas y que no pedía a la industria más que un salario complementario, etc.

De este modo, en vísperas de la revolución burguesa y de la revolución industrial, todo un mundo viejo se estaba tambaleando por todos sus costados: las ideas de indulgencia, de tolerancia, de transformación, etc., fueron ganando sucesivamente terreno, de modo que, en la conformación de la crisis del Antiguo Régimen en Francia, en 1789, por ejemplo, su potencia y expansión desempeñaron un papel definitivo, puesto rápidamente de manifiesto en la supresión del régimen corporativo, que ya en 1776 había intentado hacer desaparecer Turgot. Así, a pesar de las actitudes partidarias del mantenimiento de las formas institucionales corporativas, fueron ganando terreno los puntos de vista decididamente revolucionarios, como el de Jovellanos en su *Informe sobre el libre ejercicio de las Artes* (1785), en el que aparece escrito un "slogan" que hará fortuna en la España del siglo XIX como grito de guerra



Madame de Soquainville, por J. B. Perroneau (Museo del Louvre, París). La aparición del maquinismo obligó a que la burguesía tuviera que variar sus métodos de trabajo. El manejo de enormes cantidades de numerario la incitó a llevar una vida como la de la nobleza, a la que imitó en sus modas, construcciones y mobiliarios.



Mina de hierro y fundición en Julietabroeck, en Nyköping Sodermanland (Suecia), pintura de A. van Everdingen (Rijksmuseum, Amsterdam). Una de las tendencias del capitalismo inicial fue establecer las actividades propias de la industria fuera de las ciudades.

del liberalismo económico: "Rompamos las cadenas".

En resumen, el viejo régimen gremial y corporativo no fue, en el siglo XVIII, lo suficiente fuerte y lo rigurosamente consecuente para constituir un obstáculo infranqueable al maquinismo. Y al propio tiempo iba definiéndose una nueva doctrina del orden social: todo tipo de empresa económica requiere el concurso de dos clases de hombres: empresarios y obreros, y como quiera que la distinción entre ambas clases –así lo diría Turgot, por ejemplo– está fundada en la naturaleza de las cosas y no depende de la corporación (que es una institución arbitraria), no existe ningún tipo de riesgo social en la supresión de unos reglamentos que demuestran no ser precisos.

Claramente, pues, el maquinismo (y la mentalidad nueva que aparejaba) iba aumentando, a lo largo del siglo XVIII, el deseo de independencia y de libertad –y especialmente de libertad económica– de los burgueses emprendedores. De esta forma iría dibujándose una compleja trayectoria que en resumidas cuentas mostraría que sin la modificación de las instituciones políticas y jurídicas (revolución burguesa) no sería posible realizar plenamente la revolución técnica del maquinismo que abriría la puerta a las impresionantes transformaciones de la revolución industrial.

Paralelamente se observa la variación sustancial de los esquemas socioeconómicos de principios del siglo XVIII. De manera paulatina, el empleo de máquinas supondría el desarrollo del capitalismo financiero, al propio tiempo que la necesidad de dar empleo a los capitales y el deseo de obtener materias a buen precio para el tráfico de mercaderías, etcétera, iban precipitando la transformación de una industria artesana casi medieval, obligándola –cada vez más– a adoptar formas más decididamente capitalistas (concentración del trabajo, producción regular, abundante y uniforme de objetos; especialización; agrupación, etc.) a lo largo de un proceso de maduración en el que la industria, en una rápida e irresistible evolución, acabaría consiguiendo la hegemonía económica, sujetando, por lo menos aparentemente, a sus intereses y necesidades el capitalismo comercial y financiero.

De igual modo, las nuevas perspectivas abiertas por el desarrollo maquinista impulsarían el esfuerzo de justificación del nuevo capitalismo y de la clase que lo arrastraba. Así, en 1776, pueden leerse textos como el siguiente, de A. Young: "Cualquiera que no sea idiota sabe que se ha de mantener en la

pobreza a las clases bajas, o de lo contrario nunca serán laboriosas". O bien, será posible leer, en 1806, expresiones como las siguientes: "Sin una gran proporción de pobreza no puede haber riqueza, porque las riquezas son el producto del trabajo, mientras que este sólo puede provenir de un estado de pobreza... La pobreza, por tanto, es un ingrediente necesario e indispensable de la sociedad, sin el cual las necesidades y comunidades no podrían existir en un estado de civilización".

Los mismos intelectuales ilustrados se cuidaron de justificar y divulgar tamañas perspectivas y posiciones. Tal es el caso de Voltaire, que escribió taxativamente: "Es imposible en nuestro mundo infeliz que los hombres que viven en sociedad no estén divididos en dos clases: ricos y pobres". Una afirmación que, por otra parte, empalma con una curiosa aportación a la nueva y contradictoria mentalidad liberal capitalista. Así, el Voltaire escéptico y descreído que odia el fanatismo religioso, es también el gran propietario que vigila con escrupulosidad sus intereses y, en este sentido, escribe: "La religión es necesaria para el pueblo, si se desea que los ricos no sean asesinados en sus lechos y... para los fines sociales, necesitamos la concepción de un Dios que premie el bien y castigue el mal".

Así, para el librepensador, Dios es una necesidad social, que sirve para garantizar el orden. Y así, descansando sobre los principios del cristianismo, los burgueses liberales presentaban al proletariado una doctrina que hacía de la resistencia a la miseria social un grave y sacrílego ataque contra la providencia de Dios. Se argumentaría seriamente, tal como lo hizo Voltaire, por ejemplo, que la realidad de los ricos y los pobres constituye una condición necesaria que, caso de desaparecer, haría imposible cualquier civilización. Paralelamente la propiedad se configura como un premio a los hombres inteligentes y voluntariosos. Y de todo ello se derivaba, por estricta necesidad, una serie de cosas que no acababa de resolver el sistema jurídico-político del Antiguo Régimen; cosas que era preciso institucionalizar y sancionar jurídicamente. De forma concreta, debía resolverse el hecho de que la subordinación de los pobres es algo justo y necesario, máxime cuando, contrastando con la situación y la condición del pobre, los ricos compensan a la sociedad con las múltiples oportunidades que constantemente ofrecen a los pobres.

Lectura de la tragedia "Orphelin de la Chine", de Voltaire, en el salón de madame Geoffrin (Museo de Bellas Artes, Ruán). María Teresa Rodet, madame Geoffrin, mantuvo un salón en la calle de Saint-Honoré de París. Los salones de París contribuyeron en gran medida al desprestigio del Antiguo Régimen.



Las mentalidades, actitudes e intereses económicos fueron transformándose al mismo tiempo y con ellos la crítica misma del sistema establecido, sobre todo en el terreno de la vida económica, donde se estaban efectuando transformaciones esenciales. En efecto, en materia económica, la autoridad dejaría de basarse y apoyarse en el privilegio real para buscar –esencial y únicamente– la capacidad de los técnicos y los comerciantes. Y junto a tal desplazamiento del fundamento de la autoridad en la economía fue constituyéndose una nueva noción de la libertad económica que acabaría imponiéndose. Concretamente, privilegiados y monarquía, en Francia, acabarían por sucumbir cuando el movimiento revolucionario de la burguesía, en su marcha decidida e imparable, hizo trizas el carcomido marco de la organización venerable, anacrónica y fosilizada, que representaban los gremios, las corporaciones y el sistema privilegiado en general.

En esta dinámica debe buscarse la pauta de las tensiones y las luchas del siglo XVIII. Dicha etapa centró de lleno el enfrentamiento definitivo entre las tendencias nuevas y los principios antiguos. Una lucha que trascendió en mucho los meros límites de una problemática económica y que, en líneas generales, coincide con el conflicto planteado entre la idea de la subordinación general del país al poder del rey (un poder que sólo podía ser moderado por la costumbre) y la afirmación de la soberanía nacional. De este modo se concentrarían los nuevos postulados que provocarían la definitiva crisis del Antiguo Régimen.

Paulatinamente las reivindicaciones en todos los terrenos iban apareciendo bien dibujadas. La crisis del Antiguo Régimen iba, pues, a aparejar un cambio sustancial. Una verdadera revolución.

A partir de la crisis del Antiguo Régimen, las características de la vida social, política y económica iban a ser otras: libertad e igualdad, en el plano teórico-jurídico; seguridad y protección de la propiedad, en el plano



"Secrétaire" de hacia 1768, construido por J. H. Piesener (Museo de Artes Decorativas, París).

NUEVAS TENDENCIAS TECNOECONOMICAS Y SU REPERCUSION EN LA TRAYECTORIA DE CRISIS DEL ANTIGUO REGIMEN

1716 Law funda la "Banque générale" de Francia.
1719 Law obtiene el derecho de fabricación de moneda.
1720 Law, controlador general de las finanzas en Francia (5-I).
Dimisión y huida del financiero John Law (12-XII).
Desarrollo de la especulación en Inglaterra *(Bubbles)*.
1721 Encuesta sobre las operaciones de Law.
1735 Abraham Darby inventa la metalurgia al carbón.
1738 Kay inventa la "lanzadera volante".
1747 Fundación, por Trudaine, de la Escuela de Minas de París.
1749 Hunstmann inventa la fabricación del acero fundido.
1758 Quesnay: *Tabla económica.*
1765 Hargreaves inventa la "Spining Jenny".
Turgot: *Formación y distribución de las riquezas.*
1767 James Watt acaba de construir su máquina de vapor.
Priestley: *Historia de la electricidad.*
1768 Quesnay: *Fisiocracia.*
1771 Arkwright inventa la "water-frame".
1774 Subida de Turgot.
1775 Wilkinson adquiere la máquina de Watt.
1776 Adam Smith: *La riqueza de las Naciones.*
Construcción del raíl de hierro.
Jouffroy hace navegar un buque de vapor sobre el Doubs.
Caída de Turgot.
1779 Invención de la "mule" de Crompton.
1785 Berthelot realiza el análisis del amoníaco.
Invención del ingenio mecánico de Cartwright.
Creación de la primera hilatura a vapor en Nottingham.
Blanchart atraviesa el Canal de la Mancha en globo.
Necker: *Tratado de la administración de las finanzas.*
1788 Monge: *Tratado de estadística.*

Jacques-Bénigne Bossuet, por Rigaud (Museo del Louvre, París). En la problemática general del Antiguo Régimen destaca la obra de Bossuet (orador sagrado, escritor, preceptor del delfín, obispo de Meaux), uno de los más conspicuos defensores del derecho divino de la realeza.

Pistolas del siglo XVIII *fabricadas en Ripoll (Museo Militar de Montjuich, Barcelona).*



económico, garantizadas por la ley. Una ley que ya no será la expresión de la arbitrariedad de un monarca, sino la manifestación, la expresión, de un orden permanente más fuerte que la voluntad del soberano.

Así pues, y de una manera especial, la idea de libertad económica empalmaría con la trayectoria ascendente que debía conducir a la crisis y al hundimiento del Antiguo Régimen y a la plena realización de la revolución burguesa. En efecto, en nombre de la libertad, el tercer Estado, el antiguo Estado Llano –es decir, la burguesía–, acabaría derribando el antiguo orden, el antiguo sistema, estableciendo un nuevo orden fundamental-



Abanico francés del siglo XVIII con país pintado con la representación de Venus y Adonis; el varillaje es de marfil calado (Museo de Artes Decorativas, Barcelona).

mente acorde con los intereses, ambiciones y puntos de vista de la nueva clase triunfadora. Se trataba, en definitiva, de la consumación de un proceso secular vinculado a la evolución de una concreta clase social y al desarrollo de la forma económica que acabaría haciendo posible su plena expansión y hegemonía.

En resumen, una clase social prepotente –la burguesía– conseguiría *establecer* y *constituir* sus títulos a través de una máxima participación en el dominio del Estado, a través de una concreta toma del poder, a lo largo de un proceso que va desde los años del Renacimiento y de la Reforma hasta la revolución de Francia de 1789, pasando por los movimientos revolucionarios en Inglaterra, o las intentonas políticas en Holanda en el siglo XVII o el mismo movimiento secesionista norteamericano.

Dicha clase, por otra parte, en su ascensión al poder, desarrollaría un movimiento transformador de las estructuras y de las ideas que debía derrumbar las barreras que en todos los órdenes de la vida (excepción hecha del estado eclesiástico) habían hecho del privilegio una función del Estado, asociando, por ejemplo, la idea de posesión de derechos con la de dominio territorial, etc. Y para conseguir llegar a dicho fin –tal como acertadamente ha señalado Laski– fue preciso que la burguesía efectuara un cambio fundamental en todas las relaciones legales. Un cambio que sólo era posible a través de una auténtica revolución política.

En esta línea, las últimas décadas del siglo XVIII –especialmente en Francia– presenciaron el planteamiento radical de una problemática revolucionaria, de un profundo movimiento subversivo, cuyos gérmenes habían ido gestándose a lo largo de varios siglos. Situando el planteamiento de dicha plataforma revolucionaria, la trayectoria del propio siglo XVIII conducía a una tipificación esencial. En efecto, durante gran parte del Setecientos pareció a muchos que –a través del funcionamiento de unas fórmulas más o menos eficaces de "equilibrios"– tendían a resolverse los dos grandes problemas, digamos políticos, que aparecían planteados en el plano estructural, general y particular, de las sociedades de Occidente. A saber, el problema de la potencia de cada Estado frente a terceros y el problema de su propia y particular organización política interna. En cierto modo (y ello siempre muy relativamente) hasta fines del siglo XVIII fue posible mantener una difícil equivalencia y equilibrio entre las principales potencias europeas y sus zonas respectivas de influencia, al propio tiempo que parecía posible, a través de la repetidamente mentada fórmula del Despotismo Ilustrado, aunar y mantener los intereses mancomunados del poder y de las instituciones tradicionales en el marco que iban dibujando las nuevas fórmulas ideológicas de la Ilustración.

Todo ello, sin embargo, tal como ha quedado apuntado antes, se derrumbaría estrepitosamente cuando –hacia el último tercio del siglo– apareciera en la historia de Occidente una nueva generación dispuesta a romper el compromiso cultural y político existente y dando paso sin cuartel al desencadenamiento de las posiciones innovadoras extremas. En la práctica, a lo largo de las

VOLTERIANISMO Y ROUSSONIANISMO EN LA CONSTITUCION DE LA NUEVA PLATAFORMA SOCIOPOLITICA

Prosiguiendo la notable y renovadora labor de los hombres de la generación estricta de Montesquieu y de Voltaire, surgiría con un ímpetu fabulosamente dinámico la denominada segunda generación "ilustrada" de Francia, la generación de los enciclopedistas propiamente dichos: Mably, Rousseau, Diderot, Helvetius, D'Alembert, Holbach, etc. Una generación arrolladora, dotada de un común espíritu de transformación intelectual, social y política y que, vinculada a unos mismos ideales de superación del orden tradicional, aparece –no obstante– dividida, desde un principio, en dos tendencias, llamadas a tener una profunda y extraordinaria repercusión.

Por una parte, encontramos la corriente propiamente volteriana y que lógicamente incluye a otros autores además de Voltaire y que se caracteriza fundamentalmente por su clara ascendencia racionalista, por su profunda carga materialista y por su extracción aristocrática, constituyendo de hecho el ápice terminal (lógico y explicable) de la multisecular evolución ideológica racionalista, iniciada en el Renacimiento y decisivamente impulsada tras la revolución cartesiana del siglo XVII.

Por otra parte, se define la corriente de tipo roussoniano, que, en una proyección muy distinta a la de la línea anterior, seguiría la dirección de carácter más típicamente naturalista y que, al propio tiempo, se manifestaría por sus decisivos rasgos de tipo sentimental, espiritualistas y populares; es decir, a través de una trayectoria muy distinta a la volteriana y anunciando asimismo (desde sus comienzos) el advenimiento de una poderosa oleada de irracionalidad en la contemporánea historia de Occidente.

Es fundamental tener en cuenta este dualismo tendencial –volterianismo y roussonianismo–, iniciado a partir de la generación ilustrada francesa de 1748, ya que no sólo explica diferenciaciones coyunturales de gran importancia, sino que, además (y por encima, o al margen, de cualquier otra consideración), tanto una como otra tendencia se convertirían en las fuentes más considerables del bifacetismo político-ideológico del siglo XIX e incluso del siglo XX. Bifacetismo trascendental, que girará fundamentalmente en torno al significado y el papel de la materia, el valor de la razón y el marco de acción del individuo concreto.

Mientras la línea volteriana se afanará por defender todo tipo de argumentaciones en favor del predominio de la razón sobre cualquier tipo de pasión o entusiasmo personal –especialmente a partir de la antinomia entre el "hombre natural" y el "hombre artificial"– y colocará los pivotes del materialismo, del escepticismo y del amoralismo contemporáneos, paradójicamente compatibles con los pilares del prerromanticismo y de unas nuevas líneas moralizantes y eticistas, y mientras la línea materialista de raíz volteriana acabaría en la definición abierta del ateísmo, la corriente roussoniana partiría de los valores derivados principalmente de la obra apasionada y vital de Juan Jacobo Rousseau, protagonista (admirable y discutible) de una existencia conmovida, pobre y errante, paralela a un temperamento ardiente y profundamente sensible.

Muy distinto, pues, de François-Marie Arouet, el ginebrino Rousseau contribuyó poderosamente a la constitución de una nueva plataforma sociopolítica, distinta de la mantenida por el Antiguo Régimen, a partir de principios en buena parte distintos de los usados corrientemente por los pensadores ilustrados. Así, frente al culto a la razón, propugnó el libre desenvolvimiento de la personalidad (del interior al exterior) y la espiritualización de la concepción mecanicista de la naturaleza. Contrario a la educación intelectualista y minoritaria (elitista), tan preconizada por los típicos ilustrados, estableció un sistema basado en el desarrollo de las cualidades naturales. Paralelamente, Rousseau y los roussonianos trataban de hacer comprender que el hombre tiene en sí mismo suficientes fuerzas de amor, generosidad y piedad, capaces de oponerse a las de crueldad y egoísmo. Así se definió su doctrina del hombre naturalmente bueno, que ejerció una profunda impresión en la sociedad de su época.

Asimismo, la ideología roussoniana –por sus mismas conclusiones de moralismo laico y humanitario, unidas a sus ataques a la tradición religiosa y social– contenía una carga y unas perspectivas que necesariamente debían comportar consecuencias subversivas respecto al orden constituido. Este carácter revolucionario se fundamentaba, por otra parte, en ciertas posiciones ambiguas, tal como queda patentizado, por ejemplo, en su famoso *Discurso sobre el origen de la desigualdad* (1753), en el que Rousseau sostuvo la tesis de que el civilizado había corrompido al salvaje, el ciudadano al campesino, etc. En el fondo, partía de la base de que la iniquidad quedó establecida en la sociedad humana por el primero que se atrevió a decir: "eso es mío". De forma, pues, que en la base del pensamiento roussoniano se encuentra –contrariamente a lo divulgado por ciertos apologistas del liberalismo– una sensacional afirmación de tipo socialista. Esta misma orientación sitúa precisamente las líneas de concreción más definitivas de su obra más famosa, *El Contrato social* (1762), en la que el planteamiento spinozista del totalitarismo democrático tomó forma definitiva.

A la luz de estas corrientes, las nuevas perspectivas de todo tipo, que en el futuro animarían a movimientos burgueses y obreros a posiciones defensoras de la propiedad privada y a actitudes reivindicativas de fórmulas colectivistas y socialistas, quedan apuntadas ya en esta etapa del siglo XVIII. Una etapa en la que, de un modo aún más claro que Rousseau, el abate Mably dedujo una serie de consecuencias radicales y también poco antes Morelly, en su *Code de la Nature* (1755), preconizaba por vez primera el comunismo moderno al sostener que la Naturaleza enseñaba el reparto de bienes y la distribución de éstos de conformidad con las necesidades de los hombres. El horizonte histórico iba, pues, a animarse con la evolución de doctrinas y posiciones sumamente distintas que barrerían a todo un mundo tradicional.

A. J.

últimas décadas del siglo XVIII casi todos los gobiernos –el Antiguo Régimen en general– se verían obligados a combatir enérgicamente las redobladas e irrenunciables pretensiones que en todos los terrenos (político, económico, social, cultural) iban presentando y reclamando tanto los núcleos burgueses como incluso los mismos núcleos aristocráticos (entre los cuales el enciclopedismo había reclutado un considerable número de adeptos). De este modo se formaba en el marco de la política interior de los Estados un plano de discontinuidad –una auténtica plataforma prerrevolucionaria– que facilitaría, muy pronto y de formas muy diversas, el estallido de la crisis del Antiguo Régimen y el desencadenamiento de un verdadero movimiento revolucionario.

Junto con la maduración de la conciencia social de las burguesías habían ido variando paulatinamente las condiciones gene-

rales del mundo occidental. Hacia 1770, el peso de los elementos renovadores era ya muy grande y, por ejemplo, en la fecha mencionada puede afirmarse ya que acaba la gran batalla sostenida por los enciclopedistas franceses contra los principios básicos del Antiguo Régimen, consiguiéndose una rotunda victoria en favor de los principios sostenidos por los primeros. Y, tal como señalaran algunos autores, la fortaleza de la tradición se tambaleaba ostensiblemente, resistiendo sólo la última ciudadela, "cuya guarnición en gran parte simpatiza con los asaltantes". De esta forma se manifiesta la nueva generación, antes mencionada, que, animada por las fuentes ideológicas y políticas de la Ilustración y por los éxitos de los colonos secesionistas de los Estados Unidos, cree en la posibilidad inmediata de conseguir la transformación radical de las instituciones y las estructuras en un cambio revolucionario que proporcionaría la felicidad sobre la tierra.

De manera especial, la burguesía considera que ha llegado ya el momento de afrontar su destino histórico y claramente y sin ambages afirma su voluntad de imponerse en la dirección y el ordenamiento del Estado. Con tal voluntad se pone en marcha un trascendental movimiento transformador del mundo occidental, de fuerza tan poderosa que irá rompiendo con todo lo antiguo no sólo en el terreno de la organización política, de las instituciones jurídicas, de la sistemática económica y de la estratificación social, sino también en el de la orientación de la misma cultura. No tratará sólo de una serie de episodios exteriores de violencia, sino que, además, en las esferas de la economía, del pensamiento y de las artes imperarán nuevos criterios y perspectivas, tan radicales y subversivos en sus postulados como las mismas algaradas y los mismos fenómenos políticos de la revolución.

Centrando las perspectivas anteriores, debe tenerse en cuenta que, a fines del siglo XVIII, el número y la potencia de los dirigentes de la nueva clase burguesa (de una burguesía capaz de descubrir las inmensas posibilidades del desarrollo maquinista) había aumentado sensiblemente, contribuyendo a madurar su conciencia social y el cálculo de las inmensas posibilidades que su clase encerraba. Imbuidos de la potencia que les otorgaba su hegemonía económica, conocedores de los obstáculos que a su plena expansión oponía el Antiguo Régimen, se lanzaron decididamente a la obtención de una nueva plataforma de poder y libertad. Concretamente, los nuevos capitalistas habían aprendido que la libertad que deseaban pasaba por la necesidad ineludible de conseguir



Salón rococó del palacio Stupinigi (Turín).

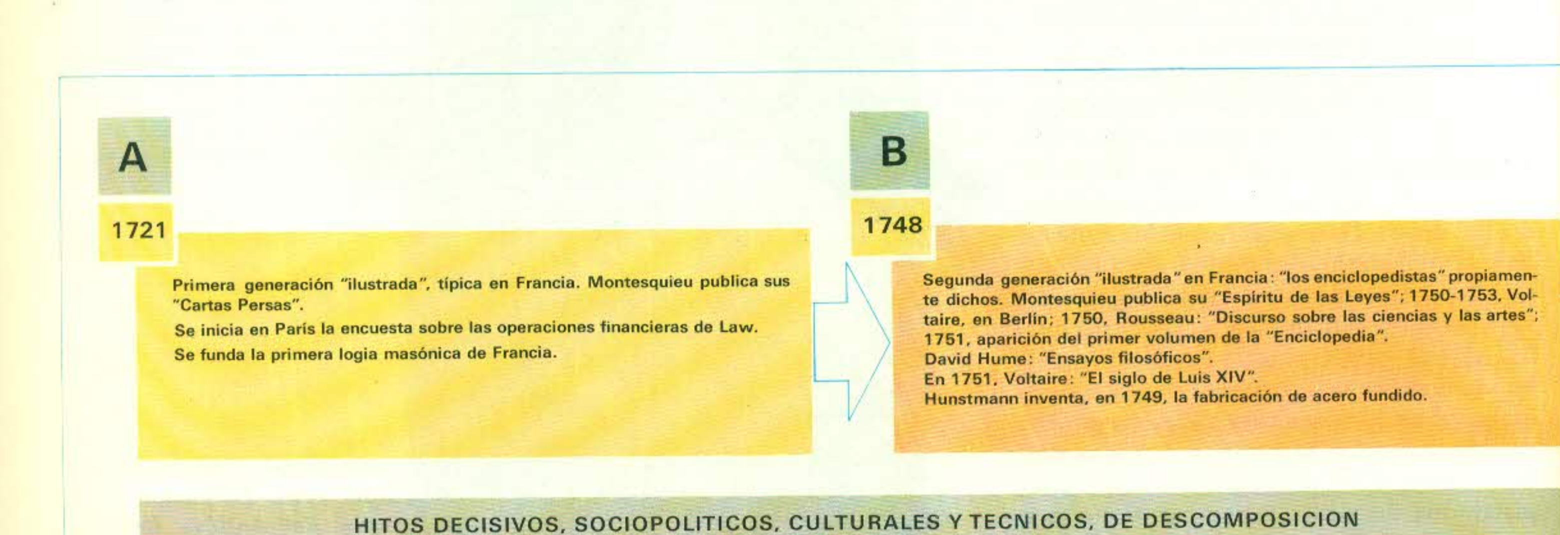


Casaca del último tercio del siglo XVIII. La pompa de la corte del Antiguo Régimen exigió estos bordados y guarniciones de oro (Museo de Tejidos, Lyon).

Castillo de Chantilly (Biblioteca Nacional, París). La aristocracia, cuyas mansiones ha copiado la alta burguesía, será, junto con la realeza, víctima de la revolución burguesa que destruirá el Antiguo Régimen.

plenamente el poder político y, sin dudarlo, se dirigieron hacia dicho objetivo. Al coincidir en buena parte con sus reivindicaciones, el intelectual les ayudó en su lucha, constituyendo un demostrativo codo a codo que iba a ayudar a definir un nuevo concepto y una nueva *praxis* de la libertad.

En esta definición, el mito de la "armonía" fue, en verdad, una de las ideas básicas de la lucha contra el Antiguo Régimen y uno de los condicionantes claves de su crisis. Los ilustrados del siglo XVIII habían abierto al respecto un camino sumamente sugestivo: estaban en contra del orden establecido (la monarquía absoluta y el sistema señorial), en contra de los errores y los convencionalismos establecidos e institucionalizados y, asimismo, estaban en contra de la supersti-



ción, de los fetichismos, de los falsos rangos y derechos, etc., porque todo aquello era injusto, falso y contrario a lo que había de ser. Activamente comprometidos en la lucha por un mundo nuevo, estaban en favor de la naturaleza, de la razón, de la libertad y del sano juicio. Tal reacción –lógica y noble– era, por otra parte, explicablemente confusa y ambigua, precisamente porque todos los valores mencionados eran presentados en abstracto y podían, como así aconteció, adaptarse con facilidad al papel de tópicos, mitos y palabrería al servicio de determinados intereses o necesidades.

Sobre tales bases se produjeron de modo sucesivo la crisis del Antiguo Régimen y las etapas más características de la revolución burguesa a través de una interesante fenomenología –no siempre fácil de interpretar y comprender–, cuyas líneas principales trataremos de resumir brevemente: en primer lugar, se produciría la preparación de la acción revolucionaria, o sea la suma concurrente de los factores de todo tipo que conformaron una conciencia subversiva, junto con la vinculación a una clase social que va a constituirse en instrumento de la revolución. En segundo lugar, asistimos a la "revuelta de los privilegiados", o sea al primer ataque decidido contra las instituciones del Antiguo Régimen, desencadenado precisamente por los elementos más beneficiados por el sistema. En tercer lugar, se produciría, con la crisis efectiva del orden constituido, la primera etapa revolucionaria, o sea la revolución de los moderados, a partir de la cual surgiría una compleja serie de acciones e instituciones destinadas a borrar gradualmente los restos del Antiguo Régimen, no sin pasar tal realización por etapas tan diversas como las típicamente denominadas –según el modelo francés– Terror y Virtud, reacción termidoriana y golpe de estado de Brumario. Pero el análisis detallado de tal fenomenología revolucionaria constituye ya el objeto de una etapa nueva que ha dejado atrás el Antiguo Régimen y la crisis de su sociedad característica, que de forma sucinta y excesivamente esquemática hemos tratado de exponer en las páginas anteriores.



Medalla acuñada con motivo de la toma de la Bastilla (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona). La Revolución francesa dará el golpe de gracia a la sociedad del Antiguo Régimen.

C

1775

Petición de Massachusetts (1768). "Boston Convention" (1768). Reunión de la Convención de Nueva York (1775). Declaración de Derechos de Virginia (1775). Reunión de la Convención norteamericana y voto de la constitución de los Estados Unidos (1787).

Generación prerrevolucionaria europea. Máximas manifestaciones de los enciclopedistas y análogos: Rousseau: "Emilio", "El Contrato Social" (1762); Voltaire: "Tratado de la tolerancia" (1763); Beccaria: "De los delitos y las penas" (1763-1764); Voltaire: "Diccionario filosófico"; D'Holbach: "El cristianismo desvelado" (1765), "Sistema de la Naturaleza" (1770), "La Moral Universal" (1776); Mably, "Principio de las leyes" (1776), "De la forma de escribir la historia" (1782); Kant, "Crítica de la razón pura" (1781), "Prolegómenos" (1782), "Fundamento de la metafísica de las costumbres" (1785), "Crítica de la razón práctica" (1788); Bentham: "Introducción a los principios de la moral" (1788). Publicación del "Federaliste" (1788).

En 1767, J. Watt acaba la construcción de su máquina de vapor y Priestley publica su "Historia de la electricidad", Monge inventa la geometría analítica en 1771 y en el mismo año Lavoisier analiza la composición del aire y Arkwright inventa la "waterframe". Wilkinson adquiere en 1775 la máquina de Watt.

D

1789

Comienza la Revolución burguesa en Francia.

BIBLIOGRAFIA

Ashton, T. S.	*La revolución industrial,* México, 1949.
Brinton, C.	*Anatomía de la revolución,* Madrid, 1953. – *Las ideas y los hombres. Historia del pensamiento de Occidente,* Madrid, 1958.
Giner, S.	*Historia del pensamiento social,* Barcelona, 1967.
Jutglar, A.	*Occidente, mito y realidad,* Barcelona, 1963.
Labrousse, E.	*La crise de l'Economie, 1770-1791,* París, 1949.
Laski, H.-J.	*El liberalismo europeo,* México, 1953.
Mantoux, D.	*The industrial revolution in the Eighteenth Century,* Londres, 1928.
Meinecke, F.	*El historicismo y su génesis,* Madrid, 1943.
Morazè, Ch.	*La France bourgeoise,* París, 1946. – *Principios generales de historia, economía y sociología,* Barcelona, 1953.
Pernoud, R.	*Histoire de la bourgeoisie en France,* París, 1960.
Sagnac, Ph.	*La formation de la société française moderne;* vol. II: *La revolution des idées et des moeurs, 1715-1788,* París, 1946.
See, P.	*Études sur l'histoire du commerce et de l'industrie aux XVIII^e^ et XIX^e^ siècles,* París, 1925-1929.
Verlinden, Ch.	*Les origines de la civilisation atlantique. De la Renaissance à l'Age des Lumières,* París, 1966.
Vicens Vives, J.	*Historia general moderna,* vol. II, Barcelona, 1952.
Weber, M.	*Historia económica general,* México, 1956 (2.ª edición).



Reunión musical, por William Hogarth (Fitzwilliam Museum, Cambridge).